

En resumen, a pesar del tono personal y casi autobiográfico que encontramos a menudo en los trabajos, que está justificado por la naturaleza de la obra y que en ningún caso menoscaba el interés científico de los mismos, podemos decir que la cuidada selección temática a que obedecen y la ordenación cronológica de los contenidos ofrecen al lector un interesante recorrido por la historia de Sudán desde la Edad del Bronce hasta la actualidad. Así pues, podemos concluir diciendo que la principal virtud de este libro es que consigue ser al mismo tiempo un homenaje a Mahmoud Salih, una carta de presentación del grupo de estudios sudaneses de la Universidad de Bergen y una excelente lectura introductoria para quien quiera acercarse a la historia de Sudán.

Enrique Hiedra Rodríguez
Universidad de Córdoba

HOWARD-JOHNSTON, James, *Witnesses to a World Crisis: Historians and Histories of the Middle East in the Seventh Century* (Oxford: Oxford University Press, 2010), 573 pp. ISBN: 978-0-19-920859-3

¿Se puede escribir la historia del siglo VII, el siglo que vio la emergencia del islam y el comienzo de su fulgurante expansión en la escena mundial, una historia que vaya más allá de las generalidades habituales? Así lo cree el autor de este voluminoso libro de 573 páginas, el conocido bizantinista James Howard-Johnston, profesor en el *Corpus Christi College*, Oxford, de 1971 a 2009. El libro se presenta como el primer estudio importante de la fase fundacional del islam que combina fuentes islámicas y no islámicas. En el prefacio el autor reconoce no ser un experto en estudios islámicos y desconocer algunas de las lenguas originales de las fuentes estudiadas, particularmente el árabe. Compensa esta limitación, sin embargo, su amplio conocimiento de las fuentes romanas, bizantinas y armenias, que son finalmente las más relevantes para el estudio de este importante siglo donde se dan cita el fin de la Antigüedad y los albores del islam. El autor ve su trabajo en la línea de Robert G. Hoyland, quien en su libro *Seeing Islam as others saw it: a survey and evaluation of Christian, Jewish and Zoroastrian writings on early Islam*

(Princeton: Darwin Press, 1997) examinó un número importante (más de ciento veinte) de testimonios históricos relativos a la aparición del islam. Howard-Johnston, sin embargo, limita considerablemente el número de sus fuentes, seleccionando aquellas que ofrecen una suma razonable de hechos relativamente verificables, reducción que permite, al mismo tiempo, someterlas a un examen más minucioso.

El título del libro refleja la convicción del autor de que los eventos que tuvieron lugar en Oriente Medio durante el siglo VII son el equivalente en el plano histórico al *Big Bang* en el plano cosmogónico, un acontecimiento que imprimió un nuevo rumbo a la historia. Los testimonios relativos a estos eventos son abundantes, pero no todos igualmente fidedignos. Algunos provienen de autores muy alejados de los hechos. Otros proyectan intereses de épocas posteriores sobre los eventos que pretenden describir. La primera tarea del historiador consiste por tanto, explica Howard-Johnston, en seleccionar las fuentes más creíbles, que servirán a continuación de estándar para juzgar el valor histórico del resto. En este sentido, el autor destaca dos autores que vivieron la última guerra persa-bizantina (603-628): Jorge de Pisidia, diácono de Santa Sofía y consumado poeta, y el anónimo autor del *Chronicon Paschale*, una historia universal escrita en griego. Estas dos fuentes proporcionan el cuadro básico que permite evaluar las contribuciones de fuentes más tardías, tales como el anónimo monje monofisita autor de la *Crónica hasta el año 724*, escrita en lengua siríaca. El *Chronicon Paschale* y la *Crónica hasta el año 724* combinadas permiten trazar la estructura cronológica de los episodios clave de la última guerra entre persas y bizantinos, así como de los primeros éxitos militares del nuevo poder emergente (pág. 68). El autor examina a continuación la *Historia de Chosroes* (Chosroes II Parvez, m. 628) escrita en lengua armenia y falsamente atribuida a Sebeos, que cubre el periodo de 572 a 661, víspera de la primera guerra civil islámica. El autor nos proporciona nuevamente un útil esquema cronológico de la información que se puede extraer de esta fuente (pág. 101), procedimiento que repite al final de cada capítulo y por el que debe ser felicitado. El siguiente capítulo examina otra fuente armenia, la llamada *Historia de Albania* (caucásica), compuesta a

finales del siglo décimo por Movses Daskhurant'i, pero que incorpora una *Historia hasta el año 682* de gran relevancia para nuestro propósito, especialmente por la información que proporciona sobre el reinado de Mu'āwiya (660-680), primer califa omeya, y por hacer posible la datación de la decisiva batalla de Qādisiyya: el 6 de enero de 638 (págs 117). De menor interés, pero aun así importante, es la *Crónica de Juzestán*, que cubre el periodo de 579 a 652.

Los dos siguientes capítulos (5 y 6) examinan un conjunto de fuentes romanas/bizantinas del siglo VII. En general se trata de relatos locales y, por tanto, más difíciles de corroborar. Tomados en conjunto, sin embargo, ofrecen una cantidad considerable de información suplementaria. Estas fuentes incluyen, *inter alia*, cuatro vidas de santos (san Teodoro de Sykeon; san Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría; san Jorge eremita y san Anastasio mártir), las homilías de Teodoro Sincelo en Constantinopla sobre el sitio de los ávaros del año 626, los procesos del Papa Martín I y de Máximo el Confesor, y los poemas de Sofronio, el futuro patriarca de Jerusalén. Se analiza también la obra de cuatro historiadores del siglo VII: los bizantinos Teofilacto Simocattas y Juan de Antioquía, el copto Juan de Nikiu, y el anónimo autor del *Chronicon Maroniticum*, que contiene preciosa información sobre las ceremonias que marcaron la ascensión al poder de Mu'āwiya.

Los siguientes cuatro capítulos (del 7 al 10) estudian otra serie de fuentes historiográficas que cubren el siglo VII, pero que fueron escritas por autores de épocas posteriores. Tres autores reciben especial atención: un sirio, Teófilo de Edesa (m. 785), que trabajó en la corte del califa abasí al-Mahdī, y dos bizantinos: el patriarca de Constantinopla Nicéforo (806-815) y el abad Teófanos (m. 818). Las demás fuentes reciben, en cambio, un tratamiento más somero: la *Historia de los Patriarcas (Coptos) de Alejandría*, escrita alrededor del año 715 por un monje del Monasterio de San Macario; la llamada *Crónica de Seert*, que incorpora material escrito por Ish'odnah, metropolitano de Basora a mediados del siglo IX; los *Anales* de Eutiquio (m. 940), patriarca melquita de Alejandría; y el *Khwadaynamag*, la ahora perdida historia oficial sasánida, compuesta durante el

reinado de Yazdgerd III (632-651), que influyó poderosamente a un gran número de escritores e historiadores de la época abasí.

Consideradas en su conjunto, las fuentes no islámicas estudiadas hasta aquí nos permiten, en opinión del autor, hacernos una idea bastante completa de los acontecimientos más significativos del siglo VII, excepto por un detalle: esas fuentes generalmente desconocen la historia de Arabia central en el primer tercio del siglo VII. Conocen el nombre de Mahoma y algunos detalles de su carrera, pero poco más. Para llenar este vacío el historiador necesita recurrir a las fuentes islámicas, que constituyen el foco de los dos capítulos siguientes (11 y 12) del libro. Howard-Johnston concentra su análisis en las tres fuentes más importantes: la *Sīra* (biografía de Mahoma) de Ibn Ishāq (m. 767), editada por Ibn Hishām (m. 832); el *Kitāb futūḥ al-buldān* del historiador persa al-Balādhurī (m. 892), y los *Anales* del también historiador persa al-Ṭabarī (m. 923). A fin de evaluar estas fuentes, el autor propone agrupar las tradiciones islámicas relativas a un determinado suceso histórico (p. ej., la masacre de cristianos en Naḡrān en 523) y compararlas a la reconstrucción del mismo suceso a partir de las fuentes no islámicas. Sin negar la “maleabilidad” inherente a la tradición oral y la tendencia de los autores posteriores a embellecer las narraciones con anécdotas imaginarias, el autor concluye que las fuentes islámicas se ciñen con relativa fidelidad a la cronología básica de los principales acontecimientos históricos. Howard-Johnston detecta, sin embargo, tres casos en los que los historiadores musulmanes han falsificado deliberadamente la cronología de los hechos por razones ideológico-religiosas: la captura de Jerusalén, el asesinato del ‘Alī, el cuarto califa, y la batalla de Karbalā’ (págs. 379-387). Con respecto a la biografía de Mahoma, el autor considera que puede ser reconstituida a partir de la *Sīra*, al menos en lo esencial. Solo en un caso – el tratamiento del pacto de Hdaybiya, concluido entre Mahoma y los mequías en el año 628 – detecta una manipulación de los hechos históricos por las mismas razones ideológico-religiosas. En efecto, según Howard-Johnston, la incorporación de la Ka’ba y de los ritos paganos asociados a ella fue el precio político que

Mahoma tuvo que pagar para poner fin a su enfrentamiento con los mequíes (págs. 408-414).

El capítulo siguiente (13) es un capítulo de transición donde el autor recapitula las principales características de las historiografías cristiana y musulmana del siglo VII. Los últimos dos capítulos del libro (15-16) contienen una reconstrucción histórica del siglo VII a partir de los documentos y fuentes analizados: la última guerra persa-bizantina (603-630); el nacimiento de la comunidad musulmana a partir de la actividad profética de Mahoma; las principales etapas de la expansión musulmana en Oriente Medio (634-652); la primera guerra civil (*fitna*) de 656; el califato de Mu'āwiya (660-680); la segunda guerra civil (682-692) y, finalmente, la consolidación del estado islámico con la proclamación del islam como religión imperial por el califa 'Abd al-Malik en los años 692-705. Howard-Johnston subraya en particular el alto nivel de habilidad política en asuntos internacionales que demostró el naciente imperio islámico, habilidad que no tenía nada que envidiar a la de los más duchos persas y bizantinos, un aspecto que ha pasado generalmente desapercibido a los historiadores, pero del que las fuentes no islámicas dan testimonio fehaciente.

En la conclusión del libro, el autor sitúa su trabajo en relación a dos tendencias – positiva y escéptica – que han dominado gran parte de la historiografía reciente de los orígenes del islam. Historiadores que basan su trabajo principalmente en la historia del primer siglo del islam tal como ha sido “canonizada” en las fuentes islámicas se ven afectados por el hecho de que estas fuentes tienden a concentrar su atención en los acontecimientos internos (personalidades, debates, maquinaciones, etc.) de la comunidad musulmana, desatendiendo en gran medida el marco externo de esta historia. Por otro lado, los escépticos, a los que hay que aplaudir por el valioso examen histórico-crítico al que han sometido las fuentes islámicas, tienden en ocasiones a dejarse llevar por su imaginación a la hora de reconstruir esa historia. Para Howard-Johnston, la fulgurante expansión del islam no puede explicarse, como se ha hecho a menudo, a partir de la situación supuestamente caótica en la que se encontraba el Oriente Medio como consecuencia de los enfrentamientos entre persas y bizantinos. Al

contrario, esta expansión solo tuvo lugar tras conseguir superar la fuerte resistencia inicial que, especialmente los persas, opusieron a los avances musulmanes. La resistencia bizantina perdió fuerza relativamente pronto. Según el autor, ello fue debido al hecho de que los bizantinos aceptaron paradójicamente la ideología de los invasores árabes, viendo en ellos un instrumento de la voluntad divina. De no haber sido por el estallido de la primera guerra civil musulmana, cree el autor, Constantinopla probablemente hubiera caído en el año 654. En conclusión, insiste Howard-Johnston, las causas que explican el éxito de la expansión árabe son fundamentalmente de índole interna: *“Islam not only raised the horizons of vision. It also imparted extraordinary dynamism to the expansion of the Islamic community. For, once armed struggle was sanctioned, as it was early in the Medinan period, jihad, striving for the faith, could and did take the form of world war, with the ultimate goal of bringing all men to knowledge of their maker and the manager of all things. The driving force behind Arab expansion was religion. The conquests were Muslim, not Arab conquests. The ultimate explanation for Islam’s worldwide success was Islam. A universal religion was being made universal”* (p. 527). El dinamismo que imprimió el mensaje profético de Mahoma a la comunidad musulmana no hubiese, sin embargo, bastando por sí solo de no haber sido por la ya mencionado habilidad política que demostraron los primeros califas omeyas, dignos herederos de la tradición de Quraysh.

En definitiva, se trata de un libro ambicioso en su propósito de dar cuenta de uno de los momentos claves de la historia a partir de fuentes tan diversas en su procedencia lingüística y cultural, cuya interpretación continua siendo objeto de discusión acalorada en círculos académicos. Aun así, el autor acomete el desafío con manifiesta destreza y consigue guiar al lector en un terreno complejo. Un libro que se convertirá, sin duda, en referencia obligada para todos los interesados en el tema.

DIEGO SARRIÓ CUCARELLA
Biblioteca Diocesana, Túnez